

Las humanidades en la época del poshumanismo

¿Qué significan las humanidades cuando el humanismo está en crisis? Y, ¿qué implica estudiar "humanidades" cuando el concepto mismo se está deconstruyendo, mostrando sus grietas y fisuras?

Se puede "dividir" el saber de muchas maneras, y distinguir entre ciencias formales, ciencias naturales, ciencias sociales y ciencias humanas. En esta división, lo que le compete a las ciencias humanas o humanidades surge, tal vez, como delimitación de las competencias de las otras ciencias: pareciera que las humanidades no se ocupan de lo formal, y que no tratan de la naturaleza ni de lo social. Sin embargo, también se ocupan de todo eso, pero con otras perspectivas y con otros métodos que las ciencias formales, naturales y sociales. Esas perspectivas se vinculan con el acento puesto en la cuestión del hombre: la expresión *studia humanitatis* ("estudios de humanidades") es del siglo XIV, y se halla en estrecha relación con el nacimiento del "humanismo". El "estudio de humanidades", expresión de Salutati, comprendía cinco materias: gramática, retórica, poética, historia y filosofía moral, y pretendía representar el conjunto de saberes que se referían al hombre, frente a los estudios teológicos.

Las humanidades se conformaron, entonces, en la época del humanismo, como el estudio del hombre, su cultura, su pensamiento, y de alguna manera colocaron al hombre en un sitio de honor con respecto al resto de lo viviente. El hombre, quien podía determinar el valor de todo; el hombre, convertido en patrón de medida, jerarquizó todo lo viviente en función de su saber, sus necesidades, sus perspectivas.

Mónica B. Cragolini

Doctora en Filosofía/UBA, profesora de Metafísica del Departamento de Filosofía de esta Facultad. Autora, entre otras obras, de *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del "entre"*; y *Derrida, un pensador del resto*

1. Un ejemplo de la devaluación de las humanidades frente a las ciencias "duras" lo evidencia el "caso Sokal": en 1996 Sokal, un físico norteamericano, envió a *Social Text*, una revista de estudios culturales, un artículo confeccionado al modo de *collage*, tomando citas referentes a temas de la física y la matemática, escritas por autores de humanidades, sobre todo del ámbito posestructuralista, francés y estadounidense. El objetivo de su artículo era demostrar que en el ámbito de las humanidades, con una jerga más o menos oscura, se podía decir cualquier cosa con total impunidad (mientras que parecería que algo similar no puede hacerse en el ámbito de las ciencias "duras", caracterizadas por métodos cuantificables, predictivos, objetivos y rigurosos). La publicación del artículo en la revista mencionada fue para muchos la prueba de que en las "ciencias blandas" no existía rigor científico. La misma habitualización del uso coloquial de los términos "ciencias duras" y "ciencias blandas" (en esta última categoría estarían las humanidades, por su "incapacidad" de predictividad, exactitud y "objetividad") patentiza un prejuicio que hoy sufren las humanidades. El artículo de Sokal, y la posterior publicación, con Bricmont, de *Imposturas intelectuales*, permitió un debate que se desarrolló en diversos periódicos y revistas en torno al estatus de las ciencias, y reveló el prejuicio existente con respecto al valor del discurso de las humanidades, consideradas por muchos "científicos duros" como ejercicios retóricos sin demasiado valor a la hora de dar cuenta de la "realidad".

Así como en el Renacimiento el término "humanidades" surge "en oposición" a otros tipo de estudios (los teológicos), con el desarrollo de las ciencias naturales también fue necesario establecer nuevas distinciones. La polémica "ciencias de la naturaleza" frente a "ciencias del espíritu" de fines del siglo XIX y comienzos del XX señaló la diferencia de las disciplinas en torno a los métodos: explicativo (a partir de causas y efectos) para las primeras; comprensivo, a partir de la interpretación, para las segundas.

Las humanidades, que tuvieron desde el Renacimiento las prerrogativas de los saberes más altos, se fueron devaluando, sobre todo con el avance tecnocientífico. A medida que la tecnociencia fue proporcionando mecanismos de mayor dominio sobre lo real, de transformación de la tierra y de sus recursos, las "ciencias del espíritu" se tornaron más prescindibles. Tal vez, lo que esté en juego en el prestigio de las ciencias en diversos momentos de la historia tenga que ver con una pretensión del hombre de todos los tiempos: la posibilidad de dominar la realidad. En el nacimiento del "humanismo", los saberes que se oponían al conocimiento de la realidad a través de textos revelados tuvieron esa prerrogativa, en la medida en que abrieron la posibilidad para el hombre de conocer por sí mismo, de investigar y escrutar el mundo más allá de lo señalado por los textos sagrados. Hoy en día ese "poder" ya no lo tienen los saberes humanísticos, sino la tecnociencia, de allí el continuo desprestigio y devaluación a que están sometidas las humanidades hoy en día.¹

Confines en crisis: los *Animal Studies* y la biopolítica

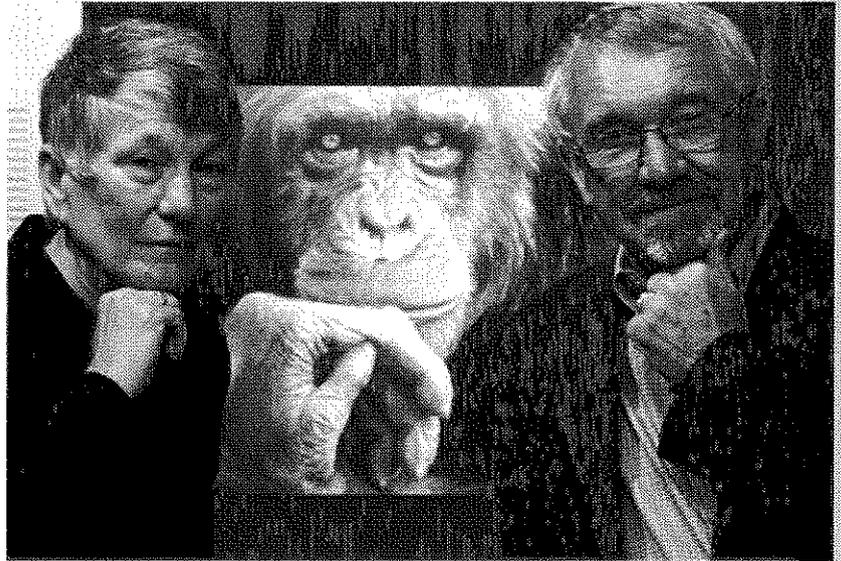
Comencé hablando de la crisis del humanismo, y realicé la pregunta acerca de qué deben estudiar las humanidades cuando precisamente el modo de "ser hombre" está siendo deconstruido. Quisiera señalar dos ámbitos de debate contemporáneo de carácter interdisciplinario, en los que se patentiza un resquebrajamiento de las ideas de "hombre" y de "ciencias humanas" en su sentido tradicional: los así llamados *Animal Studies* y la biopolítica.

Los "Estudios sobre el animal" remiten a un modo en que diversas disciplinas (que no abarcan solo las humanidades, sino también la biología, entre otras "ciencias naturales", y varias de las así llamadas "ciencias sociales"), se entrecruzan para estudiar a los animales, su modo de ser en el mundo, sus vínculos con el resto de la realidad, sus "derechos", etc. Cuando se constituye este ámbito de estudios, que en parte se halla impulsado por los movimientos de "Liberación animal" de los años '70, la idea de hombre (como modo de "viviente" por encima del animal) se reconfigura, ya que el estudio de los animales echa por tierra varias de las atribuciones de "propiedad"

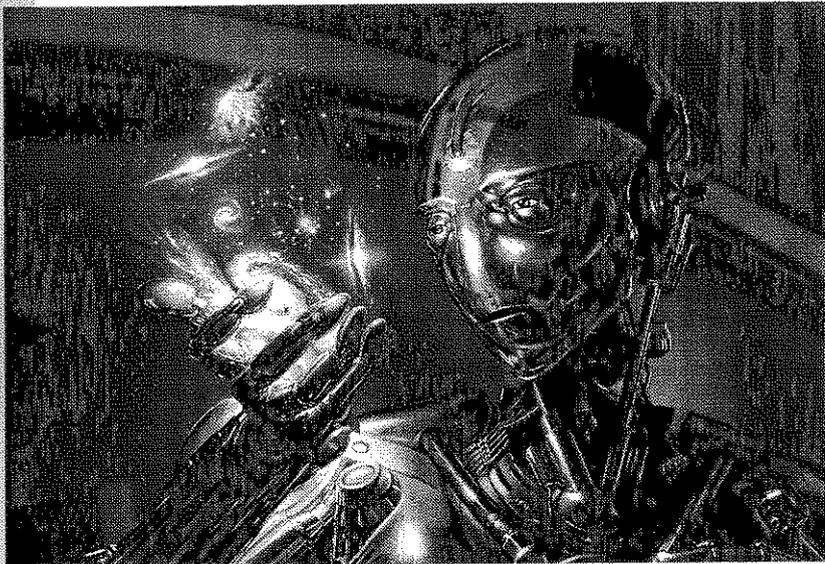
de lo humano. El hombre se consideró por mucho tiempo el único "animal racional", capaz de razonar y hablar, y sobre esos atributos constituyó su diferencia con el mundo animal. Sin embargo, desde los inicios del siglo XX, los estudios de etología pusieron en crisis esa pretendida superioridad: más allá de la idea de "comunicación" animal, las investigaciones de Allen y Beatrice Gardner, que enseñaron lenguaje de signos a una chimpancé, el trabajo de David Premack, que utilizó fichas para esa enseñanza, y el uso de otras técnicas como el teclado electrónico, quebraron la idea de que solo el hombre podía crear lenguaje, ya que estos simios, a partir de la combinación de lo aprendido, también podían "crear" nuevos términos y expresiones.

Si el límite entre lo humano y lo animal durante mucho tiempo se estableció en términos del lenguaje y la racionalidad, la posibilidad de diferentes animales de "resolver problemas" también hizo entrar en crisis los supuestos límites. Tal vez, lo que hay que tener en cuenta de los límites que se han erosionado a partir de determinados estudios etológicos, es que desde esos límites se ha justificado siempre la superioridad del hombre y, por ende, la posibilidad del ejercicio de la crueldad hacia el animal (considerado como inferior y, por lo tanto, utilizable, consumible y desechable). Si la supuesta primacía del viviente humano es cuestionada, se abre para las humanidades un terreno de trabajo diferente. Porque las transformaciones en la concepción de lo humano modifican también las prácticas sociales: una cuota de "humildad" a la soberbia del hombre autoerigido como ente superior por encima de todo lo real significa, también, otro modo de encarar los estudios de las humanidades.

El otro ámbito de investigaciones que, según mi entender, está marcando una fuerte impronta en los estudios de las humanidades es el debate en torno a la biopolítica. Es en este campo de debate que se plantea la erosión de otro confín de lo humano: aquel que se establece entre el hombre y la máquina. Así como los *Animal Studies* ponen en crisis la distinción y el límite entre el viviente humano y el viviente animal, algo similar acontece con las nuevas posibilidades que se abren para el hombre a partir de las biotecnologías. Se habla



Los científicos Beatrice y Allen Gardner.



Cyborg, modelo de máquina más organismo.

de lo "poshumano" para referirse a este hombre devenido otro, sin embargo, el término "transhumano" se ha tornado de uso habitual, y existe un movimiento que plantea la posibilidad de "mejorar la condición humana" a través de las nuevas tecnologías, como forma de contribución al aumento de las capacidades intelectuales y psicológicas del hombre. Se trata entonces de "rediseñar la condición humana, incluyendo parámetros tales como lo inevitable del envejecimiento, las limitaciones de los

intelectos humanos y artificiales, la psicología indeseable, el sufrimiento y nuestro confinamiento al planeta Tierra"? La biología humana es vista como una limitación que puede ser subsanada gracias a las nuevas tecnologías.

La noción de *cyborg*, como acoplamiento de máquina y organismo, ha sido retomada por el feminismo de Donna Haraway, utilizando el mismo lenguaje de los biopoderes de manera irónica.³ Los biopoderes (presentes también en la idea antes indicada de "transhumanismo") dan lugar a modos de subjetivación fuertemente teñidos de la impronta biotecnológica: el *cyborg*, que nos retrotrae al mito del viviente artificial, anuncia un modo de ser poshumano para el hombre. Lo orgánico y lo inorgánico se confunden y entrelazan en "nuevos modos de ser" híbridos, ya anunciados por las prótesis, las combinaciones de los códigos genéticos, la manipulación de la vida. Para Haraway, el ícono del *cyborg* permite pensar la confusión de fronteras que antes estaban en litigio (máquina vs. organismo) en términos de nuevos territorios de producción, reproducción e imaginación, y resulta una contribución a la teoría feminista que puede pensar un mundo "sin géneros".

Lo que patentiza el análisis en torno al ícono del *cyborg* es que ya no se puede seguir pensando en términos de los dualismos mente/cuerpo, organismo/máquina, idealismo/materialismo, público/privado, naturaleza/cultura, hombres/mujeres, ya que esas categorías se hallan en crisis en virtud de las transformaciones actuales a nivel de las ciencias y las prácticas sociales. Las TICs (tecnologías de información y comunicación) nos hacen accesible un mundo de fronteras permeables a la comunicación y generan una nueva

2. Ver la Declaración de la "Asociación Transhumanista Internacional" en www.transhumanismo.org.

3. Haraway, D., "A Cyborg Manifesto: Science, Technology, and Socialist-Feminism in the Late Twentieth Century", en *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. New York, Routledge, 1991, pp.149-181, http://www.stanford.edu/dept/HPS/Haraway/Cyborg_Manifesto.html

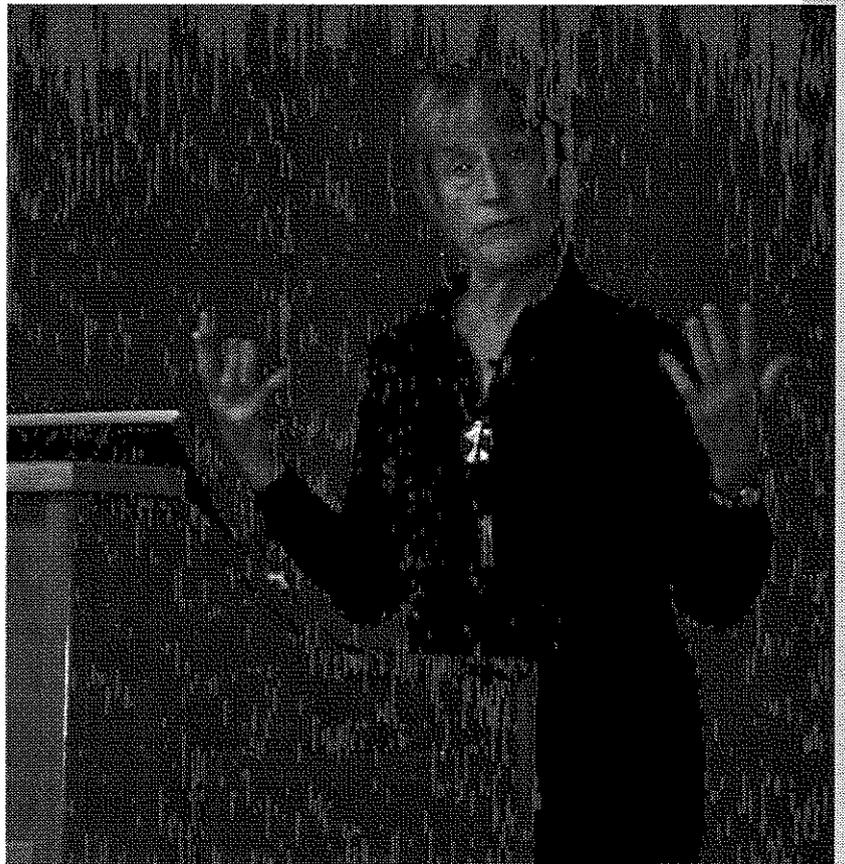
clase trabajadora: la fuerza de trabajo ya no está dada por la fuerza corporal, sino por el así llamado "trabajo inmaterial", el de la mente y las comunicaciones. Hoy la fuerza productiva por excelencia (sin desconocer que se sigue utilizando la fuerza corporal) es la dada por este trabajo inmaterial. La virtualización ha transformado no solo los modos del trabajo sino también los vínculos y las relaciones entre los hombres: el ciberespacio propone caminos de relación social fluidos, en forma de redes, en las cuales lo privado y lo público están confundidos y mezclados, erosionándose, nuevamente, confines tradicionalmente admitidos.

La "propiedad" del hombre y las nuevas humanidades

Todos estos temas, que atañen a las humanidades ya que afectan al modo de "ser hombre", plantean no solo la necesidad de un vínculo crítico con las nuevas tecnologías, sino también una reconsideración de la idea de "lo humano". Las nuevas tecnologías se hallan impulsadas por la misma idea exacerbada del humanismo que dio lugar al nacimiento de las "humanidades", en la medida en que reflejan esa posición central que el hombre ha creído tener en relación a todo lo otro (convertido en objeto de conocimiento, dominio y manipulación). Por lo tanto, resulta por lo menos paradójico que se quiera defender un ámbito de "lo humano" frente al avance de las ciencias que aparentemente lo avasallarían, ya que el impulso tecnocientífico es el mismo impulso de dominio de la realidad presente en la idea de "humanismo". Que el dominio se realice mediante el "espíritu" o mediante la "transformación técnica" implica modos diferentes de vinculación con todo lo real, sin embargo pareciera que lo común a ambas formas es que el hombre se considera "dueño" de lo real.

Las humanidades se vincularon en su nacimiento con la idea de que había algo "propio" del hombre que debía ser cultivado,

La pensadora feminista Donna Haraway.



preservado, estudiado. Las supuestas "propiedades" del hombre hoy están siendo deconstruidas, y los viejos límites hombre-animal, orgánico-inorgánico se erosionan y entran en crisis. ¿Será necesario seguir preservando una "propiedad" de lo humano, o las humanidades deberán afrontar este nuevo desafío de pensar en un hombre "desapropiado", con confines difusos, no claros, no fácilmente identificables? Tal vez, la aceptación de esos confines menos claros permita "otro modo de ser humano" en otro vínculo con la comunidad de lo viviente. Si "ser hombre" ha significado "ser dueño, señor y propietario" de todo lo demás (lo no-humano, pero también otros humanos) tal vez sea el tiempo en que, por la deconstrucción del concepto de hombre y de humanidades, podemos pensar otros modos de ser-en-el-mundo.

Si Copérnico, Darwin y Freud infligieron al hombre las tres heridas narcisistas que lo obligaron a poner en cuestión su lugar: ya no centro del universo, ya no creación especial sino parte de una cadena evolutiva, ya no sujeto de plena autoconciencia, los *Animal Studies* y las nuevas biotecnologías le están produciendo otras heridas, cuestionadoras de los límites. Entre el animal y la máquina, el hombre se remodela, repiensa, reconstruye, patentizando que el concepto de "hombre" es un constructo social y cultural que se transforma continuamente. Las humanidades, como conjunto de estudios en torno al hombre, deberán dar cuenta de esas transformaciones, para contribuir a un proceso de cambio de las relaciones entre los hombres. El siglo XXI nos ha deparado sorpresas notables en esta dirección, en la medida en que la deconstrucción de conceptos arraigados en un determinado modo de pensar al existente humano ha permitido y acompañado procesos de transformación en el ámbito del derecho y de los modos de vida. El proceso de deconstrucción del concepto de "hombre" tal vez permita vislumbrar, como esperanza sin espera, que los vínculos con la comunidad de lo viviente, una vez depuesta la actitud mayestática, soberana y arrogante del hombre, sean también diferentes.

En la época en que se constituyeron las "humanidades" en el Renacimiento, "ser humano" era un modo de preservar lo espiritual y "superar" la animalidad en el hombre: eso implicaba una aceptación del "sacrificio" de lo vital. Ese sacrificio suponía el disciplinamiento del cuerpo en uno mismo y en los demás, y la consideración de la plena disponibilidad de la vida del animal, y del humano "animalizado" a esos efectos. Desde esa idea de hombre, el sacrificio de lo vital se ha "naturalizado" demasiado: tal vez, sea la época de la "desnaturalización" de ese tipo de verdades y la posibilidad, con ello, de unas nuevas "humanidades", que partan del respeto a todo lo viviente y de la necesidad de evitar el sufrimiento del otro. ///

David Premack.

